

genes: ¡cuán sólidas y tiernas á la par que agradables al espíritu y conformes á la razón!... (1).

Detengámonos un instante, hermanos míos, á meditar estas grandes y deliciosas palabras: «Tened cuidado de él, *curam illius habe*; acordándonos que esas son en realidad las palabras pronunciadas por el Samaritano Celestial, cuando quiso encargar á los ministros de su Iglesia el cuidado de la humanidad postrada y enferma.

Tened cuidado de ella, *curam illius habe*. Estas palabras pronunciadas por el Dios Omnipotente, que obra todo lo que dice, que realiza todo lo que nombra: esas palabras, digo, han sido á un tiempo mismo en la Iglesia y para la Iglesia un mandato y un decreto, una ley y una institución. Por esas palabras el Salvador del mundo ha transmitido y dejado á la Iglesia su espíritu, su corazón, todos los sentimientos, todos los trasportes de su caridad infinita en favor del hombre. La Iglesia, desde entonces, se ha considerado y manifestado como animada del espíritu de Dios, como llena de la unción de la bondad divina, para enjugar todas las lágrimas, para dulcificar todos los dolores, para cerrar todas las heridas y para alejar ó disminuir al menos todos los males de la humanidad. *Spiritus Domini super me*, etc.

Y, en efecto, desde que esas palabras tan poderosas como afectuosas, y en las que se resume todo el espíritu del Evangelio, fueron pronunciadas por el Divino Samaritano, va repitiéndose en la grande hospedería de la Iglesia, y se repetirán siempre con la misma energía y la misma fecundidad. Esas palabras son las que mantendrán siempre en ella su actividad, ese espíritu de caridad ardiente, inagotable, que es el carácter propio y distintivo de la Iglesia, la aureola que por todas partes se presenta radiante en derredor de ella.

(1) Hæc rationabiliter et pulchrè dicuntur. (Orígenes.)

Es verdad que la humanidad, esa enferma impaciente é inquieta, atolondrada y ligera, se rebela con frecuencia contra la Iglesia que quiere cuidarla, la rechaza, la persigue y la ultraja. Mas la Iglesia, enfermera incapaz de cansarse ni de incomodarse, no hace caso alguno del delirio de la paciente, para no acordarse más que de sus necesidades y de sus dolores. Siempre vigilante, acude, vuela á aliviar y salvar, aun con la certidumbre de no recoger más que odio, desprecio y maldiciones en recompensa de sus afanes y de su amor. Porque el Salvador ha recomendado á la Iglesia el no abandonar jamás á la humanidad, sea cual fuere su ingratitude. Porque esas grandes y eficaces palabras «tened cuidado de ella,» *curam illius habe*, resuenan siempre en los oídos de la Iglesia, y se repiten con poderoso eco en su corazón.

He ahí lo que os explica el misterio de esa asombrosa caridad de la Iglesia, que hasta sus mismos enemigos admiran sin comprenderla: de esa caridad que hace á los enviados de la Iglesia arrostrar las persecuciones de los gobiernos y las antipatías de los pueblos, la injusticia de los edictos y la crueldad de su ejecución, las prisiones y las jaulas de hierro, la cuchilla y el hacha, el suplicio y la hoguera, cuando se trata de penetrar en las regiones más intolerantes y bárbaras para esparcir en ellas la luz de la fe, los consuelos de la esperanza y el bálsamo del amor cristiano.

Eso os explicará, también, por qué y cómo sucede que desde hace diez y ocho siglos jamás han faltado ni faltarán Obispos, sacerdotes, religiosos, misioneros y vírgenes heroicas que, separándose para siempre de sus familias y de su patria voluntariamente, arrostran las tempestades del Océano, los horrores de los desiertos y las amenazas de los hombres todavía más terribles que los monstruos de los mares y los animales feroces, y corren adonde quiera que hay infelices que ilustrar, pecadores

que convertir, pobres que socorrer, enfermos que cuidar y pueblos que civilizar.

¡Cuán hermoso, cuán glorioso es para la Francia el que sean franceses los que, en primera línea y en mayor número, en esas falanjes de la Iglesia, recorren el mundo en todas direcciones para obedecer las santas inspiraciones del celo y de la caridad!... ¡Cuán hermoso, cuán glorioso es para la Francia el que principalmente con las ofrendas de sus hijos, con la sangre de sus mártires, con la abnegación de sus vírgenes heroicas, con la gloria de su nombre, haya querido la Providencia llevar hasta los confines más remotos los beneficios de la fe, de la paz y de la civilización cristiana!... ¡Cuán bellos son los pasos de los que van á evangelizar la paz y la posesión de todos los bienes!... (1).

¡Francia, hija primogénita de la Iglesia, tranquiliza tus temores y tus aprensiones!... Sí, el viento se llevará las predicciones de esos profetas que te anuncian que vas á volver á caer en la barbarie y en la superstición. Estás enfermiza, es verdad, estás herida; pero esa misma Iglesia que en otro tiempo te formó una nación grande, y cuyo espíritu es todavía omnipotente en tu seno, te cuidará y te curará: *Curam tui aget*. Dios, en su misericordia, no permitirá que pierdas tu misma, con la verdadera religión la civilización verdadera que á costa de tantos esfuerzos y de tantos sacrificios te apresuras á llevar y á asegurar á tantos y tan lejanos pueblos.

En la parábola del Samaritano, Jesucristo no nos hace conocer solamente su corazón y el de su Iglesia, que es su reflejo, sino que ha trazado al mismo tiempo, y por una consecuencia necesaria, los principales deberes del

(1) Quam speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona...
Is., LII, 7.)

pueblo para con los ministros de la Iglesia, que es lo que vamos á ver en la segunda parte de este discurso.

SEGUNDA PARTE.

Acabáis de oír, hermanos míos, que, según la doctrina de los Padres y de los intérpretes del Evangelio, el viajero de la parábola es la humanidad caída por el pecado: que el dueño de la hospedería no es otro que el cuerpo de los pastores y de los ministros de la Iglesia, á quienes Jesucristo ha impuesto como una ley el tener cuidado de la humanidad, y el dar alivio y consuelo á todas las enfermedades y miserias humanas. Es, pues, de toda evidencia que esa preciosa misión de misericordia y de caridad, no habiendo sido confiada más que á la Iglesia, no puede ser desempeñada más que por ella. Hé ahí, por consiguiente el primero de los deberes del pueblo para con la Iglesia: confianza en la acción de la Iglesia, no sólo en cuanto á los males privados é individuales, sino todavía mucho mayor en cuanto á la curación de los males sociales, de los males humanitarios que, menos que todos los demás, podrían ser combatidos y curados por la acción de la Iglesia.

Ved, en efecto, lo que ha sucedido en nuestros días: la Europa católica lo mismo que la Europa cismática y protestante, está vulnerada de la peor de todas las heridas, enferma de la peor de todas las enfermedades, es decir, de la pérdida de la inteligencia. Se ha meditado mucho, ó más bien se ha soñado mucho acerca de su curación: se ha ensayado todo, pero excluyendo la acción de la Iglesia.

En primera línea se presenta la ciencia. Se vanagloria de bastar por sí sola para tan ardua y difícil tarea. Ha emprendido la obra con sus escuelas, sus cursos, sus

libros elementales, sus compendios, sus almanaques, sus folletos y otras publicaciones contra la Iglesia. Todos los sistemas han podido desplegarse en terrenos en que el error ha sido libre, más libre aún que la verdad.

Pues bien; ¿cuál ha sido el resultado de esos afanes muy poco desinteresados? Todas las verdades holladas para ceder el puesto á todos los errores, á todos los delirios de la razón humana, todas las virtudes trastornadas, ó negadas, ó puestas en duda. Bien pronto todo ha sido verdadero, menos la verdad, todo ha sido virtuoso, excepto la virtud; todo ha sido honroso, menos el honor. ¿Me hallo quizá declamando bajo la inspiración de un obcecado fanatismo?... ¿Acaso las ignominias, que el pudor y el lugar santo prohíben nombrar, no han sido rehabilitadas, disculpadas, presentadas como las consecuencias de instintos naturales é irreprehensibles?... ¿Por ventura los dramaturgos y los novelistas no se han arrojado frenéticamente sobre esas teorías infames, como sobre los nuevos manantiales de la inspiración y de la poesía?... ¿Cómo puede ser otra cosa cuando el naufragio de las inteligencias se obstina en cerrar los ojos para no ver ni las estrellas ni la brújula?... Nada tiene de sorprendente que desapareciese entonces toda la disciplina espiritual y moral, que la duda llegase á ser filosofía, la anarquía gobierno, el ateísmo religión.

Separándose de la Iglesia; el hombre no podía menos de dar una horrible caída, no podía menos de precipitarse en un espantoso abismo. Cayó sobre sí mismo, como diría San Agustín: *Incidit in semetipsum*. Aprisionado en las cosas de la tierra, ha perdido de vista el cielo: no tiene ya interés más que por la vida material, más atractivo que el deleite, más instinto que para el crimen, más placer que para la destrucción. No consume una ruina mas que para emprender otra. No puede sufrir nada de lo que ha sido y de lo que durará. Dios le llena de deso-

lación; la Religión le asustá, porque Dios y la Religión son cosas que duran. La autoridad llega á hacerse insoportable aun bajo las formas que él la ha dado, porque la autoridad es una garantía de duración. La sociedad civil no podría sustraerse de sus rencores mejor que la sociedad religiosa, porque también es un elemento de duración. No es ya para él más que una calamidad ó un anacronismo. Héle ahí, pues, trabajando para destruir todo eso y rehacerlo en seguida á su imagen, en el molde de sus ensueños y de sus ilusiones, para poder decir: «Todo eso es obra mía; soy omnipotente, lo soy todo, y si hay Dios en el mundo, lo soy yo.»

Fácil es comprender que las heridas y las llagas de la sociedad, bajo la acción de semejante tratamiento, no han podido menos de encenderse é irritarse más y más. Así la ciencia humillada, asustada de los desastres que son la consecuencia de sus funestas teorías, vacila y retrocede. Los sacerdotes de la razón como les plugo llamarse: á ejemplo del sacerdote de la parábola, no cuidan de llevar á los desgraciados su conmiseración y sus cuidados. Desesperan de poner remedio á una situación que saben muy bien que hacen más deplorable no tomando consejo más que de su egoísmo. Prosiguen su camino por los arenales de sus estériles doctrinas, tan movedizas como las arenas del desierto, y dejan á la sociedad luchando entre la vida y la muerte: *Sacerdos viso eo praterivit*.

La política tiene también la presunción de poder, por sí sola, curar á la sociedad enferma, rechazando tácita y hasta expresamente, bajo el nombre de *bagatelas* (1), las santas y hábiles industrias de la caridad cristiana. Para pasarse mejor sin el concurso de la Iglesia, ha improvi-

(1) Todos se acuerdan, y recordarán largo tiempo, estas palabras de un legislador: «Sobre todo, no os distraigáis con las *bagatelas de la caridad*.»

sado Constituciones por docenas, leyes por millares, impuestos por millones y monopolios sin número, que, á oírlos, debían restablecer la sociedad en su estado normal, y asegurarla la longevidad del orden, de la riqueza, de la fuerza, de la libertad y de las prosperidades de toda especie. Mas ¡ay!... ¿cómo la política irreligiosa, no inspirándose más que de sí misma y de su refinado egoísmo, podría curar los males de la sociedad, cuyas dolencias y necesidades desconoce?... Preciso es recurrir á Dios para conocer al hombre, y todo lo que interesa al hombre. Así, mirad cómo esa política sin Dios no tiene franqueza, y no vive más que de ingeniosos expedientes. Se alimenta de las probabilidades, de las promesas, de las esperanzas de un porvenir, que es necesario aplazar siempre. Si de tantas intrigas y manejos tortuosos, si de tantas combinaciones siempre nuevas y siempre antiguas, envejecidas antes de nacer, resulta algún bien para los pueblos, es con frecuencia por casualidad, y esa política irreligiosa no concurre al bien de los pueblos más que como Satanás, contra su voluntad y contra sus intenciones.

A despecho de tantas y de tan lamentables experiencias, la política irreligiosa no ofrece á las sociedades modernas por único medio de curación y por único remedio para nuestras ruinas y decadencias morales, más que caminos de hierro, barcos de vapor, manufacturas, docks, bancos y compañías de especuladores, teatros, y otras cosas peores. Pero en cambio tiene también siempre prontos, como auxiliares indispensables, los esbirros y verdugos, las prisiones, el cañón y el cadalso.

No tenemos necesidad de pronunciarnos contra la eficacia de esos métodos curativos...: dejaremos esa tarea á las estadísticas oficiales. En esos documentos auténticos encontraremos un número siempre creciente de robos, fraudes, envenenamientos, asesinatos, infanticidios, suicidios, incestos y sacrilegios. Quedará demostrado que la

constitución moral del hombre degenera más y más á la par que se debilita la constitución física. Todos los lazos se relajan, todas las instituciones se descomponen; la autoridad se hunde en vez de levantarse; la felicidad material, á que todo se ha sacrificado, sigue decayendo como todo lo demás. No es tal ó cual gobierno, sino el orden social mismo, el que vacila en su base. Y la política ciega, porque es irreligiosa, no ve, no comprende que el genio del mal, minando la fe, procura derrumbar con un solo esfuerzo el edificio intelectual, el orden civil, el orden público y el orden social todo entero.

Temerosa de ver claro, para no hallarse en la necesidad de arrepentirse, esa política mezquina, prefiere abandonar los pueblos á su corrupción, como enfermos incurables; se contenta con darles por guardadores á sus agentes de policía, más bien para impedir que el mal se ponga en evidencia, que para pensar en contener sus funestos destrozos. Se halla perfectamente representada en el levita de la parábola, que no se creyó obligado á hacer más que los que habían pasado antes que él: *Similiter et levita, cum videret eum pertransiit.*

Jesucristo había visto desde lo alto todas esas aberraciones de los poderes humanos, cuando decía: «Los príncipes de las naciones las dominan, pero no será así entre vosotros. El que entre vosotros es más grande, debe hacerse el servidor de todos, del mismo modo que el Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para servir y para dar su vida por la redención de todos» (1). Pues bien; según esas sencillas y profundas palabras, el Hijo de Dios parece haber distinguido muy bien el derecho público de los príncipes paganos, *principes gentium,*

(1) Principes gentium dominantur eorum; vos autem non sic. Sed qui major est inter vos, erit omnium minister; sicut Filius hominis venit ministrare, non ministrari, et dare animam suam redemptionem pro multis. (*San Mateo, xx, 25.*)

del de los príncipes cristianos, *vos autem non sic*. Según esas sencillas y profundas palabras, el supremo poder pagano, cualquiera que sea su forma, es un poder dominador y tiránico, *dominantur eorum*, que absorbe y hace desaparecer en sí mismo todos los demás poderes (1), explotándolos en su provecho, y diciendo: «El Estado soy yo,» y de ahí el espíritu permanente de odio, de desprecio y de rebelión en las filas del pueblo. Pero el poder supremo cristiano es un poder benéfico: *omnium minister*. Ya lo oís: benéfico para todos, es decir, que conserva todos los demás poderes sacrificándose, si es preciso, en interés de los demás, á ejemplo de Jesucristo, y diciendo: «Yo estoy en el Estado,» y de ahí el espíritu de amor, de respeto y de sumisión en el pueblo. En fin, según esas sencillas y profundas palabras, el orden social pagano está fundado sobre el egoísmo, y el orden social cristiano, sobre la abnegación.

¿De qué se quejan en el día los dos campos opuestos? Se quejan de que los poderes meditan nuevas conquistas sobre los pueblos, y que estos aspiran á derrocar los poderes; que los grandes no tienen compasión, ni los pequeños respeto á los superiores; que en las regiones elevadas tienen lugar orgías escandalosas, y que en la clase baja se agitan instintos degradantes; que por un lado se desea el orden, y por otro se detesta la libertad. Es decir, que á los ojos del cristiano que desde más alto ve con las luces de la fe, el egoísmo lo ha invadido todo, y la abnegación ha desaparecido de la sociedad.

Pues bien; yo desafío á los sacerdotes de la ciencia y á los levitas de la política, que en un pensamiento estúpido se obstinan en esperarlo todo, bien sea de sus doctrinas, bien sea de sus combinaciones, aunque

(1) El poder religioso ó pontificio, el poder de las ciudades en que se subdivide la nación ó poder comunal, y el poder doméstico ó paternal.

estén auxiliadas por la fuerza, que les faltará en la hora fatalmente marcada por la Providencia; yo los desafío á que conjuren el peligro que nace de esas horribles disposiciones de los ánimos, sin el concurso de la acción de la Iglesia. Yo los desafío á que inspiren, reducidos á sí solos, el respeto de la autoridad á los que obedecen, el aprecio de los inferiores á los que mandan; los desafío á que disuadan por sí solos á los poderes del pensamiento de oprimir, y á los pueblos del instinto de rebelarse. Los desafío á que constituyan por sí solos un orden social al abrigo del despotismo y de la anarquía; en que los gobernantes no sean tiranos ni los gobernados esclavos; en que el poder no tenga otra regla que el interés y el pueblo otro freno que la fuerza; en que el mando no sea el capricho, y la obediencia la necesidad. En una palabra, desafío á la ciencia y á la política, á devolver, por sí solas, á la sociedad enferma, la abnegación, única que puede operar su curación y garantizar la fuerza y duración.

No trato de proscribir ni de zaherir la ciencia ni la política; una y otra tienen que desempeñar también un gran papel en la sociedad; pero ese papel no le pueden desempeñar sino inspirándose del pensamiento de la Iglesia, invocando su concurso, y asociándose lealmente á ella. Mas aislándose de la Iglesia, la ciencia y la política, omnipotentes para el mal, no pueden nada, absolutamente nada, para el bien de la sociedad.

Porque el Dios hecho hombre no ha dado á la ciencia ni á la política, sino á la Iglesia, la misión caritativa de cuidar á la humanidad enferma: *Curam ipsius habe*. Porque el mismo Hijo de Dios no ha puesto en las manos de la ciencia y de la política, sino en las de la Iglesia, las dos preciosas monedas, la verdad y la gracia, únicas que pueden curar los corazones, levantar las almas, y dar su verdadero valor á todos los esfuerzos emprendidos para

moralizar las masas: *Duos denarios dedit stabulario*. Porque sólo la Iglesia, abrazando en su inmensa caridad al rico y al pobre, al poderoso y al débil, á los poderes y al pueblo, puede, por sí sola, por sus doctrinas, por sus instituciones, por su acción, por su influencia, por sus promesas, por sus amenazas, hacer entrar eficazmente á todos en su deber, é inspirar á todos la abnegación mutua que, uniéndolos entre sí, forma la felicidad de todos.

Confianza, pues, en el ministerio de la Iglesia: no temáis que influya en la política, para impedirle que sea absurda; en la legislación, para impedirle que sea injusta y opresiva, y en la ciencia, para impedir que sea vana, estéril y hasta funesta. Hé ahí el primer deber de todo pueblo cristiano para con la Iglesia, que no sintiéndose enfermo no quiere perecer.

Pero á la confianza en la acción de la Iglesia, es necesario que todo pueblo cristiano una la sumisión y la obediencia á la enseñanza y la dirección de la Iglesia. En efecto: observad bien que el Samaritano de la parábola, al depositar al herido en la hospedería, no le dijo que se cuidase él mismo; no le entregó las dos monedas para subvenir á su gasto. El dueño de la posada fué el encargado de cuidar al enfermo, y á él le fueron dadas las dos monedas y las instrucciones, y prometidas las recompensas. Por todas estas circunstancias, el Samaritano celestial, Jesucristo, nos ha revelado el designio de su Providencia con relación á la salvación de las almas y toda la economía de su Religión. Sabemos por esa admirable narración que Jesucristo no ha encargado al hombre que se cure él mismo sus enfermedades espirituales, ó bien que se ilumine, se instruya, se corrija y se santifique él mismo. No, no ha hecho á cada cristiano depositario de las dos misteriosas monedas, de su verdad y de su gracia, para interpretar por nosotros mismos y entender su doctrina como á cada uno plazca. No nos ha dejado en liber-

tad de determinar por nosotros mismos los medios por los cuales deberíamos participar de su gracia, sino que habiendo encargado á la Iglesia y sus ministros el cuidar á la humanidad enferma, y confiado á los Pastores de la Iglesia el depósito de sus revelaciones y de sus sacramentos, nos ha hecho entender que á ellos corresponde interpretar las unas y conferirnos los otros. Eso es lo que San Pablo ha reasumido en estas célebres palabras:

«Que no se nos mire como hombres ordinarios, sino como á los ministros de Jesucristo, y como á los dispensadores de los misterios de Dios» (1).

Sin género alguno de duda, Dios podía hacer con todos los hombres lo que hizo con el primero; podía ejercer inmediatamente por sí mismo toda su acción sobre el hombre; mas le plugo obrar de otra manera: le plugo obrar sobre el hombre por el ministerio de otros hombres. Del mismo modo que en el orden temporal hace nacer al hombre por medio de sus padres; del mismo modo que le gobierna por los poderes políticos, que le juzga por los magistrados, que le ilustra por los sabios, que le socorre por los ricos y le protege por los fuertes; del mismo modo también en el orden temporal, según un grande intérprete, no nos instruye, no nos santifica, no nos conduce por el camino de la salvación eterna, mas que por los sacerdotes á quienes ha establecido sus ministros en la Iglesia (2). Por eso también San Pablo llama á los ministros de la Iglesia los coadjutores de Dios en la obra de la salvación de los hombres (3), y el mismo Jesucristo los llamó luz del mundo (4) y sal de la tierra (5), querien-

(1) Sic nos existimet homo ut ministros Christi et dispensatores mysteriorum Dei. (I. Cor., iv, 1.)

(2) Vult Deus per homines, per ministros à se constitutos viam salutis edoceri. (Cornelio à Lapide.)

(3) Dei enim sumus adjutores... in ministerium salutis. (I. Cor., iii, 9.)

(4) Vos estis lux mundi. (San Mateo, v, 14.)

(5) Vos estis sal terræ. (Ibid., v, 13.)